

NUECES.

“Torturados cerebros nueces nueces”.

Gerardo Diego

A menudo las nueces se le antojaban igual que un corazón humano. Solo que éstas aguardaban sin latidos, disecadas, como reducidas y en conserva. Una maqueta cardiaca sin bombeos, con las válvulas en huelga, lista para el consumo. Extendió la navaja y limpió la hoja sobre el tergal verde del uniforme. Hincó la punta en la sutura de la nuez y giró la muñeca. Apalancó el fruto que, desprovisto ahora de la cáscara, se parecía más bien a un cerebro sacado de los ventrículos del pericardio, y se lo llevó, sobre el acero, a la boca. Amarga.

Era noche sin luna y oscura. Desde la cocina, oían arrastrarse las hojas de los nogales entre el silbido del viento y de vez en cuando, aullaba el perro del Mateo. Con gusto le pegaría un tiro o dos o tres. La tía Anselma había volcado el contenido de la lata de champiñones sobre la mesa y ahora separaba las monedas de cobre de las amarillas y éstas de los tiques de la compra. El cabo se echó otra nuez a la boca y espantó de una patada a la Felisa que gruñó como un demonio antes de desaparecer por la gatera y perderse callejón abajo, sobre los tejados.

- Estate quieto con la pobre, que luego pare antes de tiempo y se come las crías.
- Pues que le aproveche.

Anselma metió de nuevo las monedas y los tiques en la lata de champiñones.

- Mira que yo lo dejé aquí y cuando fui a sacarlo no estaba. Que sueño *to* las noches con que estaba *premio*.
- No diga tontunas, tía.
- Seguro que estaba *premio*.
- Seguro que no.
- Sí.

- Como quiera. Para usted la perra gorda – y se metió otra nuez en la boca, chupándose después la sangre que le brotaba del índice izquierdo tras escurrírsele la navaja –. Voy a dar una vuelta.

Desde el zaguán seguía oyendo a su tía. *Claro que la perra gorda será pa mi. Como lo encuentre no vas a ver ni un duro, que tos tenéis rabo...* Se abrochó la chaqueta y se subió hasta la nariz las solapas. *Cuidao la patá que le ha dao a la gata. Si le colgaran a él los cojones hinchaos de preñamiento, se andaría más listo. El desgraciao.*

La tía Anselma era hermana de su abuela y su abuela solía hablar de fantasmas: *En nuestra calle hay tres. Uno de tarde y dos de noche. El de la tarde no sabría decirte a qué hora sale, pero sí donde entra. De los de la noche uno desaparece tras la puerta antes de las once y sale después de medianoche. Debe ser un fantasma muy precoz. Y en precoz siempre se paraba y se reía. Entonces, la tía Anselma la llamaba guarra y fresca y hasta puta y la recriminaba por leer tanto, pero no conseguía si no aumentar las carcajadas de su abuela que continuaba hablando: Y sobre el tercer fantasma guardo silencio, que se me calienta el cuerpo.* Una tarde, se le ocurrió preguntar si podía ver con ella los fantasmas. Se agarró a las faldas para suplicarle, jurando entre sollozos que no le darían miedo. La abuela cedió. *Ya tienes edad,* dijo. Esperaron despiertos hasta antes de las once y cuando oyeron crujir las hojas y reventarse algunas nueces, apagaron la luz. Jorge tenía la nariz pegada a la ventana y el vaho de su respiración empañaba el vidrio con una mancha blanquecina y ligera que crecía y menguaba cada vez con más urgencia. Un espectro blanco ocupó el callejón y él agarró con fuerza la mano de su abuela. *Ahí le tienes.* El susurro de la abuela le erizó la piel y un escalofrío atizó su cuerpo. El fantasma tocó una puerta. Una mujer le abrió y se abrazaron. Se metieron en la casa al tiempo que ella tiraba de la sábana hacia arriba, descubriendo las botas sobre los pantalones de pana. *Abuela... ¿los fantasmas tienen piernas?* La abuela se echó a reír tocándole la punta de la nariz. *Claro que sí. Tienen tres piernas. Lo mismo que tú.*

En el callejón comenzaron a tañer las campanadas del reloj. Jorge miró el tejado del Ayuntamiento. Desde lo alto del cerrillo podía adivinar cada casa por su tejado. Apretó el paso. Los crujidos de las hojas delataban su marcha. Notó un par de miradas sobre el cogote. Maldijo el correr de los visillos. Una puerta se abrió y volvió a cerrarse. Cruzó el puente. El río aún no se había helado, pero tal como venía el otoño calculaba que no tardaría. Recordó el arrullo del agua la noche en que bajó al río con el Mateo y José Luis. Era agosto. Bajaron a las primas casi rodando y a empujones por la pendiente del río. El Mateo y José Luis le dijeron aquella tarde que tenía los huevos de adorno y un plumero más grande que el de una abubilla. Así que le prepararon a las dos muchachas. A la pequeña la ataron a un nogal y comenzaron con la mayor. *Lo mejor pal final, muchacho. Que de seguro la chica está sin estrenar.* La mayor gritaba, pero el Mateo la calló con un par de hostias. No hacía más que patalear. Le sujetaron las piernas para facilitarle el cometido. La pequeña lloraba en silencio. Él cerró los ojos todo el tiempo. Se acordó del cura y de cómo le obligaba a arrodillarse en la oscuridad de la sacristía. La niña contuvo la respiración antes del último sollozo. Luego las abandonaron allí, tendidas y abrazadas entre los zarzales. *Maricón no eres, eso está aclarao.* Y el Mateo le dejó en paz. Y cuando se marchó para regresar tiempo después convertido en romanillo de la Guardia Civil, también le dejó en paz el padre del Mateo. Y hasta el cura.

Vio a la Felisa atravesar la plaza. Maullaba y llevaba la panza abultada y colgandera, barriendo con ella los adoquines, brillantes ya por la temprana capa de hielo. La luz de la taberna vertía a la calle las figuras deformes y socarronas de los hombres y el crujido de unas risas estremeció a Jorge. Tomó la salida del antiguo consultorio. Cuando era monaguillo, después de misa y de arrodillarse en la sacristía, iba todos los domingos con el cura a la taberna. La sacristía le daba miedo. Y la taberna le daba miedo. Y solía taparse las orejas para amortiguar las voces de los hombres. Y estaba también el padre del Mateo. Y si el padre del Mateo perdía al dominó, arrasaba de un manotazo con las piezas, despidiéndolas en desbandada de la mesa. Las fichas parecían cien currucas alzando el vuelo, atravesando estoicas la humareda del tabaco.

Entonces el padre del Mateo dictaba sentencia: *Y el dinero es mío, pa que lo sepáis*. Y enrollaba los billetes de la apuesta y los prendía para encenderse un puro ante la cara impasible de la clientela.

Pasado el antiguo consultorio, respiró aliviado al ver encendido el balcón del sargento. Su abuela habría tenido aquel mismo balcón engalanado, con jardineras pintadas a mano, rebosantes de pensamientos que andarían meciéndose hasta que la helada los obligara a esperar tiesos el amanecer. Habría colgado del techo una jaula con una pareja de jilgueros. De más chico, cuando ella aún vivía, le despertaban los pájaros.

El portal andaba abierto. Echó una mirada a la calle desierta antes de entrar y subió los escalones a oscuras. Alguna vez vio al fantasma que visitaba a su abuela. Entraba por la cochera de atrás y, cuando los jilgueros empezaban a cantar, salía saltándose la tapia. Calzaba las mismas botas que el padre del Mateo. Se desabrochó la chaqueta antes de llamar. Cogió aire. Creyó que el corazón le menguaba, encogido por el frío, pequeño como una nuez. Un golpe seco de su nudillo y la puerta se abrió. El sargento le sonreía.

Zinaida Serebriakova.